Juan Eslava Galán

HISTORIA DE ESPAÑA CONTADA PARA ESCÉPTICOS

Planeta

Juan Eslava Galán

HISTORIA DE ESPAÑA CONTADA PARA ESCÉPTICOS

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Eslava Galán, 2017
Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

NOTA: el editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

© de las ilustraciones del interior, © M. Carrieri / DEA / Album, © Planet News Archive / SSPL / Getty Images, © Gianni Ferrari / Cover / Getty Images, © Manuel H de León – EFE, © Alberto Loyo – Shutterstock, Cortesía de la Diputación de León, © Rodríguez Codolá, © Ana Miralles, AESA, © Akg Images – Album, © Ferrer Dalmau, © Oronoz - Album, © Joseph Martin – Album, © Dmitri Kessel / Getty Images, © Sergio Barrenechea – EFE, © Museo del Prado – Album, © Universal Images Group / Universal History Archive / Album, © Manuel Sanz Bermejo – ABC, © Bibliothéque nationale de France [N2-fol. D170951], Grupo Zeta, EFE, © I. Castro y Archivo del autor. Colección particular

Diseño de guardas: © Diego Carrillo

© de las ilustraciones de las guardas, © ASF – Album, © NaughtyNut – Shutterstock, © vector_master – Fotolia, Wikipedia, © Atlaspix – Shutterstock, © HOZ, AESA, © Yaroslaff – Shutterstock, © holbox – Shutterstock, © Josep Curto – Shutterstock, © Asma Samoh – Shutterstock, © AP, © Henning Marquardt – Shutterstock, © ET1972 – Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2017
Depósito legal: B. 16.574-2017
ISBN: 978-84-08-17541-4
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prólogo a esta edición 11
Introito 13

1. Una piel de toro extendida 15
2. Hombres y monos 21
3. Los primeros españoles de la Península 25
4. Los yacimientos de Atapuerca 27
5. Los *sapiens sapiens* en España 30
6. La revolución neolítica 33
7. Tartessos y las colonias 43
8. Fenicios en España 48
9. Iberos, falcatas y damas 53
10. Los cartagineses 60
11. Roma contra Cartago 64
12. Numancia y otros heroísmos 69
13. El oro de Roma 73
14. Ciudades, carreteras, teatros, prostíbulos 76
15. Crucificables y decapitables 80
16. Trigo, aceite, vino y chicas 82
17. La caída del Imperio romano 87
18. La invasión de los bárbaros 91
19. Suevos, vándalos, alanos 95
20. Los reyes que vivían peligrosamente 98
21. Pobres y ricos 105
22. La pérdida de España 107
23. De Guadalete a Covadonga 112

24. Un príncipe fugitivo 117
25. Los reinos cristianos (711-1035) 121
26. La rebelión de Ibn Hafsun 126
27. Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos 129
28. Parias y chantajes 137
29. Culta Córdoba 139
30. Almanzor, el del tambor 145
31. La disolución del califato 147
32. Los almorávides 150
33. Herencias, lindes y conflictos (1035-1157) 156
34. El Cid Campeador 159
35. Los almohades (1086-1121) 166
36. El impulso de Castilla y Aragón 169
37. Un reinado sin año malo 173
38. Siervos, caballeros y prelados 176
39. Los cinco reinos (1252-1479) 182
40. Pelotas de hierro como manzanas grandes 190
41. Ni quito ni pongo rey 193
42. Los peces portan las barras de Aragón 196
43. El reino de Granada 200
44. Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto 206
45. Colón y el descubrimiento de América 215
46. Colón, el misterioso 219
47. A la aventura 221
48. Judíos, moros y cristianos 231
49. La Inquisición 234
50. Alguaciles, tormentos, sambenitos 240
51. Devoción privada y morcillas públicas 243
52. ¿Somos moros? 252
53. El traspaso 259
54. Los comuneros con su bandera roja 267
55. Dios y rey 271
56. Felipe II, ¿ángel o demonio? 275
57. Hacienda no éramos todos 279
58. Chamuscar las barbas del rey de España 283
59. El Tíbet de Europa 286
60. Felipe III 290

61. Se van los moros 293
62. Morir de un calentón 295
63. El Rey Pasmado 297
64. Trescientos jamones 300
65. El timo del vellón 305
66. El Rey Hechizado 310
67. Llegan los Borbones 316
68. La Ursinos resbala en la mantequilla de la Farnesio 322
69. Un rey visto y no visto, y una reina contemplada 325
70. Paz y barcos 329
71. El rey albañil (y tornero) 332
72. Banderita, tú eres roja 335
73. Cencerradas, tapados, tapadas 337
74. El chocolate de la Iglesia 340
75. La espina inglesa 342
76. Tragicomedia de la Trinidad en la tierra 343
77. El descalabro de Trafalgar 349
78. El indeseable Deseado 351
79. La guerra de la Independencia 355
80. «¡Vivan las cadenas!» 359
81. Las mujeres de Fernando 363
82. Las feroces y literarias guerras carlistas 368
83. La reina niña 374
84. Un gafe en el trono 380
85. La Restauración 384
86. Doña Cristina guarda el coño 388
87. El desastre 392
88. El drama familiar de Alfonso XIII 396
89. España airada 399
90. Huelgas y pistolas 404
91. Primo de Rivera 408
92. El rey no tiene quien le escriba 412
93. La Segunda República 415
94. El escándalo del estraperlo 420
95. Vísperas de sangre 424

96. Vientos de guerra me llevan 428
97. ¡Franco, Franco, Franco! 433
98. Entrevista en Hendaya 438
99. Franco ante el espejo 448
100. Nosotros tenemos dos 455
101. La providencial guerra fría 458
102. ¡Nos han hecho ministros! 460
103. La escopeta nacional 464
104. *Frigidaires* y burro taxi 467
105. Costumbres disolventes en la católica España 470
106. Don Juan, o el que espera desespera 473
107. El hombre que ha de reinar 478
108. El frenazo de Carrero 483
109. La Transición o transacción 487
110. El reparto 489
111. La irresistible ascensión del PSOE 492
112. La ruptura pactada 495
113. Partidos y elecciones 498
114. El 23-F 501
115. Las autonomías 507
116. La revolución socialista 516
117. Por el imperio hacia Bush o los años de Aznar 521
118. La matanza de Atocha 529
119. Zapatero, el resuelto feliz 532
120. Bambi en el mundo irreal 535
121. Rajoy, el tancredo 540
122. Pseudodemocracia, cleptocracia o ambas a dos 542
123. Como en España, ni hablar 545

Apéndice europeo 552

Bibliografía 555
Índice onomástico 561

CAPÍTULO 1

Una piel de toro extendida

En la Antigüedad, la península Ibérica estaba habitada por un abigarrado mosaico de tribus, unas cien comunidades autónomas, unas más desarrolladas que otras y tan mal avenidas que las guerras entre vecinos eran el pan nuestro de cada día.

Los recios nombres de aquellos pueblos indómitos y guerreros resuenan en los folletos turísticos y libros de viajes de Estrabón, Avieno, Mela, Plinio el Viejo y Ptolomeo: lusones, titos, belos, carpetanos, vacceos, vetones, turmódigos, berones, autrigones, caristios, várdulos, cántabros, astures, galaicos, lusitanos, turdetanos, bastetanos, oretanos, mastienos, libiofenices, deitanos, contestanos, edetanos, ilergetes, suesetanos, ausoceretas, bagistanos...

Sin entrar en tanto detalle, *grosso modo*, los españoles de entonces se dividían en dos grandes familias: los celtas y los iberos. Los celtas, instalados en la Meseta y el norte, eran más feroces y pobres que los iberos de las comarcas agrícolas y mineras del sur y Levante. Las regiones más desfavorecidas estaban infestadas de bandidos. No era infrecuente que sus moradores organizaran expediciones de pillaje contra las más ricas.

Como ahora, el país era montuoso, mal comunicado y proclive a las sequías, a las inundaciones, a los veranos abrasadores y a los inviernos helados, pero, al parecer, todavía la fiebre arboricida no se había apoderado de sus habitantes y los encinares y alcornocales, los hayedos y los robledales abundaban hasta tal punto que una ardilla que se propusiera figurar en el *Libro Guinness de los récords* podía atravesar el país saltando de árbol en árbol, sin

tocar tierra más que para recolectar alguna que otra golosa nuez. Había también praderas más o menos verdes en las que pastaban a sus anchas rebecos y caballos salvajes; espejeantes lagunas pobladas de ánsares y fochas; apacibles ríos en los que chapoteaban nutrias y castores, y se criaban peces diversos y arenas auríferas. En sus montes tampoco faltaban los olivos, las encinas, los almendros, las higueras, la dulce vid, el esparto y las plantas tintóreas que la industria aprecia.

En el siglo XIII, el rey Alfonso X el Sabio nos dejaría un cálido elogio de España que no estará mal recordar en los turbios tiempos en que ese sagrado nombre tanto se desprecia:

> *E cada una tierra de las del mundo et a cada provincia honró Dios en señas guisas, et dio su don; mas entre todas las tierras que ell honró más, Espanna la de occidente fue; ca a esta abastó él de todas aquellas cosas que homne suel cobdiciar. [...] Espanna era el meior de todos, e muchol preciaron más que a ninguno de los otros, ca entre todas las tierras del mundo Espanna ha una estremanza de abondamiento et de bondad más que otra tierra ninguna. [...] Pues esta Espanna que decimos tal es como el paraíso de Dios, ca riega se con cinco ríos cabdales que son Ebro, Duero, Tajo, Guadalquivil, Guadiana; e cada uno dellos tiene entre si et ell otro grandes montañas et tierras; et los valles et los llanos son grandes et anchos, et por la bondat de la tierra et ell humor de los ríos lievan muchos frutos et son abondados, Espanna la mayor parte della se riega de arroyos et de fuentes, et nuncual minguan pozos cada logar o los ha mester. Espanna es abondada de mieses, deleitosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della facen; lena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos, segura et bastida de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica en metales, de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas [...] Espanna sobre todas es engeñosa, atrevuda et mucho esforzada en lid, ligera en afán, leal al señor, afincada en estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien [...].*

Y finalmente termina con un piropo conmovedor: *¡Ay Espanna! non ha lengua nin engeño que pueda contar tu bien.*[1]

Las pintorescas costumbres de los feroces y entrañables indígenas sorprendían mucho al visitante. Los lusitanos se alimentaban principalmente de un recio pan que amasaban con harina de bellota y de carne de cabrón (el macho de la cabra, naturalmente). Además cocinaban con manteca, bebían cerveza, practicaban sacrificios humanos y tenían la costumbre de amputar las manos de sus prisioneros.

Los hombres y las mujeres bastetanos bailaban cogidos de la mano una especie de sardana, y calentaban la sopa introduciendo una piedra candente en el cuenco o en la bolsa de piel que la contenía.

Entre los cántabros se observaba la curiosa ceremonia de la covada: el presunto padre guardaba cama y fingía los dolores del parto mientras la genuina parturienta seguía labrando el campo, indiferente, o se afanaba en las labores domésticas, y así daba a luz. Además, mandaban las mujeres, ellas heredaban y casaban a sus hermanos; o sea, una ginecocracia, régimen que algunas feministas aplauden, aunque Estrabón (*Geografía*, III, 4, 17-18) lo considera incivilizado.

En la Cerdaña y el Puigcerdá, hogar de los carretanos, se producían excelentes jamones cuya venta «proporcionaba saneados ingresos a sus habitantes».

Los astures, por su parte, observaban la higiénica costumbre de enjuagarse la boca y lavarse los dientes con orines rancios.

Los celtiberos eran crueles con los delincuentes y con los enemigos, pero compasivos y honrados con los forasteros que se les acercaban pacíficamente, hasta el punto de que se disputaban la amistad del visitante y tiraban la casa por la ventana para agasajarlo. Es de suponer que parte del agasajo consistiría en agarrar una buena curda con la bebida nacional, una mezcla de vino y miel fermentada, o, si esta faltaba, con una especie de cerveza elaborada con trigo fermentado, la *caelia.* Silio Itálico testimonia que estas tribus «queman los cadáveres de los que mueren de en-

1. Alfonso el Sabio, *Primera crónica general de España*.

fermedad, pero los de los guerreros caídos en combate los ofrecen a los buitres, a los que consideran animales sagrados».

Los vacceos practicaban una especie de comunismo consistente en repartir cada año las tierras y las cosechas de acuerdo con las necesidades de cada familia. El politburó era extremadamente severo: ejecutaban al ciudadano que ocultaba grano o hacía trampa.

Para muestra ya está bien. Así eran los remotos habitantes de la Península. Si en algo se parecían unos y otros era en ser gentes de pelo en pecho. Los crucificaban y seguían cantando, moría el jefe y se suicidaban, despreciaban la vida y amaban la guerra sobre todas las cosas.

Tanta rudeza era compatible con el amor a la belleza e incluso con cierta sofisticada tendencia a recargar la ornamentación. Recuerde el lector la *Dama de Elche*.[2] En realidad, si nos fijamos en el tocado femenino, había para todos los gustos, según tribus, desde aquellas en las que, como Rita Hayworth, se afeitaban la parte alta de la cabeza para ampliar la frente, hasta otras en las que las mujeres enrollaban el cabello en torno a un postizo y formaban sobre la cabeza un tocado fálico. Los dos usos perduraron en el País Vasco hasta, al menos, el siglo XVII.

En esta Babel de tribus no existía conciencia alguna de globalidad. Fueron los buhoneros fenicios y griegos, llegados al reclamo de nuestras grandes riquezas minerales, quienes consideraron la Península como una unidad, los primeros que percibieron que, por encima de la rica variedad de sus hombres y sus paisajes, aquello era España.

¿España?

Sí, escéptico lector: ESPAÑA. Ya entonces se llamaba España. La hermosa palabra con la que la nombraron los navegantes fenicios. Les sorprendió la cantidad y hermosura de los conejos de esta tierra y la denominaron *i-shepham-im* es decir: «el país de los conejos», de la palabra *shapán*, «conejo».

2. Suponiendo que sea genuinamente ibérica y no una creación decimonónica, como algunos creen.

Ni el león, ni el águila: durante mucho tiempo el humilde, evocador y eufemístico conejo fue el animal simbólico de España, su tótem peludo, escarbador e inquieto. El conejo se acuñaba en las monedas y aparecía en las alusiones más o menos poéticas, la «caniculosa Celtiberia», como la llama Catulo (*Carmen*, 37,18), es decir, la conejera, España la de los buenos conejos. ¿Me siguen?[3]

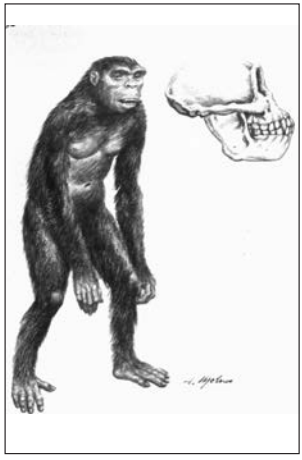
No era el simpático lagomorfo el único bicho que abundaba por estos pagos. Los griegos también llamaron a la Península *Ophioússa*, que significa «tierra de serpientes». No obstante, para no espantar al turismo, prefirieron olvidarse de este nombrecito y adoptar el de Iberia, es decir, la «tierra del río Íber» (por un riachuelo de la provincia de Huelva, probablemente el río Piedras, al que luego destronó el Ebro, que también se llamó Íber). Sin embargo, el nombre que más arraigó fue el fenicio, el de los conejos, adaptado por los romanos en sus formas Hispania y Spania. De esta última procede España, bellísimo nombre que durante mucho tiempo solo tuvo connotaciones geográficas, no políticas. Por eso el gran escritor luso Camões no tiene inconveniente en llamar a los portugueses «gente fortissima de Espanha».

«España —escribió Estrabón— se parece a una piel de toro extendida [...]. Casi toda ella está cubierta de montes, bosques y llanuras de suelo pobre y desigualmente regado. El norte es muy frío por ser muy accidentado y estar al lado del mar, se encuentra incomunicado respecto a las demás tierras, así que resulta inhóspito. El sur es, casi todo él, fértil, especialmente la zona próxima al estrecho de las columnas de Hércules.»

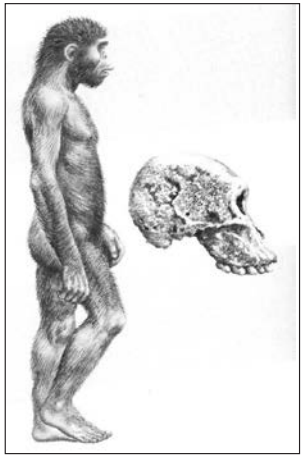
Durante bastante tiempo esta tierra de conejos estuvo más abierta a África que al resto de Europa. La verdad es que los doce kilómetros del estrecho de Gibraltar resultaban más fáciles de salvar que los escarpados Pirineos. De hecho, los iberos procedían del mismo tronco que los bereberes africanos, y los romanos in-

3. También se ha sugerido que la palabra podría designar «tierra donde se labran o funden los metales», alusiva a las explotaciones mineras que los pueblos de Oriente buscaron en nuestro suelo.

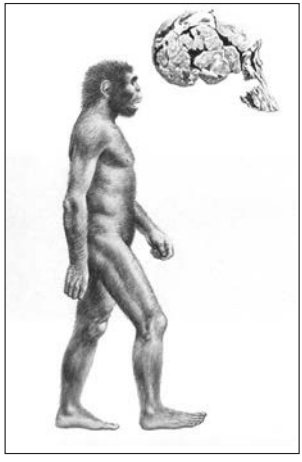
cluso consideraron su colonia marroquí, la Mauritania Tingitana, una provincia de Hispania. Del mismo modo, Fernando III el Santo, el rey más despabilado de nuestra historia, pensaba continuar la Reconquista en tierras africanas. De no haber fallecido prematuramente, quién sabe si ahora parte del Magreb sería cristiano y parte del Estado español (o sea, otra autonomía) y hoy nos veríamos privados del rico aporte humano y cultural que vierte sobre la Península la inmigración norteafricana.



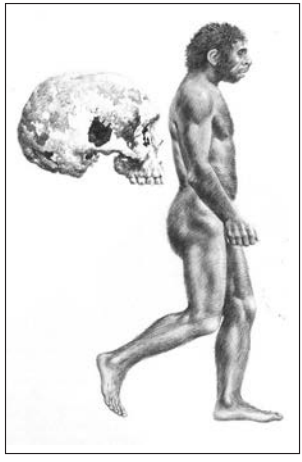
Ramapithecus



Australopithecus



Homo habilis



Homo sapiens

La evolución del hombre.